

MICK KITSON

El refugio

Traducción de Juanjo Estrella



Duomo ediciones

Barcelona, 2018

Título original: *Sal*

© Mick Kitson, 2018

© de la traducción, 2018 de Juan José Estrella González

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Canongate Books Ltd.

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-17128-02-9

Código IBIC: FA

DL B 16513-2018

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

David Pablo

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A mis padres, Babs y Terry Kitson

1

Trampas

Peppa dijo: «Frío», y después se quedó un rato callada. Y entonces dijo: «Frío, Sal. Tengo frío». Hablaba en voz muy baja, en un susurro. No era normal. Empezó a preocuparme que pudiera tener hipotermia. Había visto en alguna parte que la hipotermia frena los movimientos y dejas de hablar. Así que bajé la mano y noté que tenía la espalda tibia, y la barriga tibia. Y entonces ella dijo: «Bollera, no me metas mano». Y supe que no tenía hipotermia.

Pero hacía frío. Era la noche más fría desde que habíamos llegado. Por la brújula, sabía que el viento había girado al norte, y el refugio estaba encarado al sureste porque el viento dominante por aquí es del oeste. Así que el viento soplabá por encima de donde habíamos extendido las ramas de abeto. Peppa no llevaba gorro. Pensaba hacerle uno con las pieles de los conejos que cayeran en las trampas. Pero todavía no había puesto las trampas. Me quité el mío y se lo encasqueté bien.

–¿Mejor ahora? –le susurré acercando la boca a una de aquellas orejas suyas tan pequeñas.

Pero se había quedado dormida. Yo ya estaba despierta y empecé a preocuparme un rato. Muchas veces cronometraba mis preocupaciones con el reloj del móvil. Casi todas

las mañanas les dedicaba diez minutos, pero en las últimas semanas el tiempo había aumentado, porque tenía muchas cosas de las que ocuparme, y que planificar, antes de la fuga. Iba a adivinar qué hora era. Notaba que estaba a punto de amanecer. Estaba oscuro, pero sentía algo. Yo casi siempre acierto qué hora es. No sé cómo lo hago, pero hasta hace poco era importante saberlo. Porque, por ejemplo, mamá y Robert normalmente volvían justo después de las once, y cuando yo ya había instalado la cerradura en la puerta de Peppa, me aseguraba de que estuviera cerrada con llave y de que ella estuviera dentro, dormida, antes de que llegaran.

Ellos ni siquiera sabían que había puesto aquella cerradura. No sabían que había robado un minitaladro y dos formones en el B&Q. Les arranqué las alarmas con un cortaúñas. Compré una cerradura en el ASDA y miré cinco vídeos de YouTube antes de instalarla. Ellos ni se enteraron de los agujeritos que hice con el taladro, porque además la pintura de las puertas de nuestro piso estaba toda rayada y levantada. A partir de entonces Peppa tenía la llave. Robert ya no podría entrar aunque lo intentara. No lo intentaba nunca. Si hubiera instalado una cerradura en mi puerta, Robert la habría arrancado a patadas y habría despertado a Peppa. A mamá no la habría despertado, porque cuando estaba borracha y perdía el conocimiento no había manera de despertarla.

Además, él todavía no había empezado a entrar en el cuarto de Peppa, pero yo sabía que lo haría pronto, porque había dicho que lo haría, y Peppa ya tenía diez años, y yo tenía diez años cuando empezó conmigo.

Así que pensé que dedicaría diez minutos a preocuparme. Sabía que no tardaría en clarear. En el *Manual de Su-*

pervivencia de la Fuerza Aérea Especial pone que hay que encender una hoguera del tamaño del cuerpo junto a un refugio construido aprovechando una pared, y después construir una barrera por detrás, con palos, para reflejar el calor. Yo eso todavía no lo había hecho porque entonces no estaba segura de si nos quedaríamos allí. Pero el sitio estaba bien. Era un repecho elevado, más o menos plano, sobre el arroyo, y alrededor estaba todo lleno de abedules muy grandes. Nosotras habíamos atado la lona a dos de ellos para construirnos el refugio. La lona era de esas de camuflaje, marrón y beis, con manchas amarillas, como las que se usan en los desiertos. Pero servía, porque yo me alejé corriendo y entré un poco en el bosque y miré entre los árboles y no la vi.

Bueno, de todos modos se notaba que allí había alguien porque oí que Peppa me gritaba: «¡Sal! ¡Ven a ver esto!». Era un sapo, y lo estaba acariciando, y yo le dije: «Tiene veneno en la espalda, para que los depredadores no se lo coman». Y ella me dijo: «Pero yo no me lo voy a comer, Sal. ¿Se puede comer? No quiero comérmelo. Le voy a construir una casa».

Y entonces le hizo una casita con piedras planas y guijarros y metió dentro al sapo. Dijo que se llamaba Connor, el nombre de un niño del colegio que le gustaba.

A mí me preocupaba el fuego, y que la gente lo viera, no tanto de día, sino de noche. Si la leña está seca, la pequeña pirámide de fuego no levanta mucho humo, sale más si la madera está mojada, o es demasiado fresca. Además, el viento lo aleja. Además, estábamos en la «Última Gran Zona Virgen del Reino Unido», y nos encontrábamos exactamente a trece kilómetros de la zona poblada más cercana, y apro-

ximadamente a ocho kilómetros de una pista forestal, y a seis kilómetros de una carretera. Había escogido el sitio con gran precisión, gracias a un mapa del Servicio de Cartografía que había pillado en la biblioteca, donde tienen todos los mapas de las Islas Británicas publicados por la Agencia Cartográfica Nacional. Estábamos exactamente media milla bosque adentro, detrás de una cresta que asciende hasta una cima que por muy poco no llega a los tres mil pies. En realidad, si hubiera tenido veintiocho pies más ya sería un *munro*, y aquello estaría todo lleno de escaladores y gilipollas en anorak subiendo hasta arriba.

No hay árboles en el pico, pero según el mapa hay un círculo de piedras antiguas. La montaña tiene un nombre en gaélico, y cuando se lo pregunté a la señorita Kerr me dijo que se pronunciaba Magna Bra. Magna Bra. Se lo dije a Peppa, y quiso ir porque le conté que «magna» significa «grande» en latín, y a ella eso le hizo mucha gracia, y se puso a saltar de un lado a otro diciendo: «Sujetador grande, sujetador grande». Peppa es malísima, tiene la mente sucia, le encanta que la oigan cuando dice guarradas.

Pero de noche sí se veía el resplandor de la hoguera desde lejos. No del lado de la lona. Del otro. Así que se me ocurrió que si construía la barrera esa que explican en el manual, bloquearía la luz por la noche, desde el este. No sé de dónde vendrían si vinieran a buscarnos, pero es posible que vinieran del este. La autopista nos queda al este, y la usarían si vinieran hasta aquí. Aunque no creo que vengan, ni sé cómo iban a saber que estamos aquí.

Después de mi rato de preocupación decidí que construiría la barrera hoy, y después montaría las trampas. Nos

quedaba comida para dos días más, creía. O tres, si yo no como y Peppa sí. Así que tendríamos que empezar a poner trampas y cazar. Yo tenía la escopeta de aire comprimido de Robert. Era de cañón corto, y había que bombearle aire. Disparaba perdigones del calibre .22, y yo tenía dos latas de perdigones. No pensaba dejar que la usara Peppa por si se disparaba a sí misma, o me disparaba a mí sin querer. Pero yo tengo buena puntería. Practicaba en la entrada del piso, y se me ocurrió un sistema para adaptar el visor a distancias mayores. También vi un vídeo de YouTube sobre el tema tres días antes de que nos fuéramos. Bombeando siete veces, un perdigón puede atravesar un contrachapado de nueve milímetros. La traje en una funda de palos de *hockey*, con cremallera, que encontré en los vestuarios del colegio.

Estaba amaneciendo. Aquí, en octubre, eso significa que eran más o menos las siete y veinte. Peppa dormía en el saco, y yo había salido para no despertarla. Las hojas que habían caído eran de un amarillo claro, y brillaban con la luz del sol que se colaba entre los árboles. Los abedules también brillaban. El abedul tiene el tronco blanco, y serviría para construir la barrera porque el blanco refleja la luz y el calor. Soplé las brasas y alimenté la hoguera con más ramas finas que solo tenían las puntas quemadas. Había dejado un montón de palos sobre una piedra plana para que se secaran, y cuando prendieron construí una pirámide sobre ellos. El fuego silbó y empezó a soltar humo, y entonces coloqué encima el hornillo de acero, y la tetera encima para hervir agua. Teníamos bolsitas de té, y leche pasteurizada y sobres de azúcar de McDonald's. Montones.

El sol ya había salido y brillaba entre los árboles, y de la tierra del bosque subía un vapor en forma de volutas blancas. Había destellos diminutos de escarcha en los bordes de las hojas y las ramas más finas. El viento se había encalmado y el humo subía recto entre los árboles. Todo estaba en silencio, solo se oía el silbido de la hoguera. Después oí los pájaros, el graznido de los cuervos. Nada más. Ni el rumor de una carretera, ni el ruido de tráfico, ni de ruedas. Ni golpes ni pitidos. Ni tele. Nadie gritando.

Yo tenía cuatro trampas hechas con alambre retorcido, con unos aros pequeños y dorados en los puntos en que los alambres se cerraban en un nudo, y un cordel verde fijado a un palito de madera con una muesca. Se instalaban en los caminos que usaban los conejos y se dejaban ahí toda la noche. Lo había visto en YouTube, en un canal de supervivencia. Parecía fácil, y el conejo ya estaba muerto por la mañana. Aunque a mí no me importaría matar uno. Nunca había matado un conejo ni ninguna otra cosa. Solo a Robert.

Allí decían que había que enterrarlas unas horas para quitarles el olor humano, así que aparté unas hojas, saqué las trampas de la mochila de Peppa y las cubrí con las hojas. Había comprado las trampas en una tienda de artículos de pesca de la ciudad, con el dinero que había sacado de una de las tarjetas de Robert. Robert siempre tenía tarjetas cuando volvía de los sitios a los que iba. Y yo se las robaba cuando estaba borracho y se quedaba dormido.

Lo bueno de mamá y Robert era que nunca se enteraban de nada. Si algo cambiaba o se movía de sitio, ni se daban cuenta. Yo sabía dónde estaba todo en mi habitación y en el resto del piso. Sabía cuántas tazas teníamos, cuántas cu-

charas. Sabía cuánta leche había, cuánto jabón para fregar los platos. Me fijaba constantemente. Lo había hecho desde que era muy pequeña. Me fijaba en lo que eran las cosas, en dónde estaban, y notaba cuándo se trasladaban, cambiaban o desaparecían. Mamá y Robert no veían nada.

La peor era mamá. Ni siquiera con sus latas... Nunca sabía cuántas le quedaban. Yo sí. Se las escondía, y ella ni se enteraba de que solo quedaban dos en vez de tres en la nevera. A veces, si solo tenía dos no pasaba nada. Yo me había dado cuenta hacía años, así que le escondía un par y le dejaba otras dos, y cuando ella llegaba y quería una yo le decía: «Solo te quedan dos». Y ella: «Creía que quedaba un paquete de cuatro». Y yo: «Te las habrás bebido». Y ella decía que sí. Cuando Peppa empezó a pillarle cigarrillos, tampoco se enteró.

Robert tampoco se daba cuenta de nada, porque casi siempre estaba borracho, o fumado, o las dos cosas a la vez, y aunque miraba muy fijamente y durante mucho rato las cosas, nunca se daba cuenta de si faltaba algo, ni de si yo había cambiado algo de sitio o había comprado algo. Casi siempre, Robert tenía los ojos medio cerrados, como si se estuviera fijando mucho, y muy rojos por la hierba que fumaba, y por lo que bebía. El poco blanco que se le veía estaba amarillo.

La lona y el cuchillo de caza, la tetera, incluso las zapatillas de Peppa, todo había llegado por correo, todo era de Amazon, y todo lo había pagado con las tarjetas robadas que Robert traía a casa y guardaba en el cajón de la mesilla de noche. Yo iba con cuidado cuando le pillaba las tarjetas o le quitaba la billetera. Un día estaba colocado, tirado en el

sofá, y yo intenté quitarle la cartera que llevaba en el bolsillo de atrás de los pantalones, y él medio se despertó y me agarró y me dijo: «Te voy a cortar las putas manos», y entonces se quedó dormido otra vez y yo se la quité.

Lo único a lo que no le quitaba la vista de encima era a mí. «¿Estás bien, cariño?», me decía. Una vez le dijo a un tío en la tienda de *fish and chips* que yo era su hija. Yo habría querido decir: «Y una mierda, no lo soy», pero él se las daba de duro, y me había pasado el brazo por encima de los hombros, y decía: «Esta es mi pequeña Sal». Si hubiera dicho algo, después lo habría pagado, así que me callé y miré fijamente al otro tío.

Peppa se despertó y dijo:

–Sal, ¿Connor está ahí todavía?

Y yo me acerqué y levanté la piedra que cubría su casa. Y sí, ahí estaba. El pobre bicho estaba muy bien ahí abajo, era húmedo y había hojas, y barro.

Peppa dijo: «¡Genial!», y se levantó de un salto del saco de dormir, y empezó a ponerse las zapatillas. Me habían costado ochenta y cuatro libras en Amazon, y tienen suelas de Vibram, que son las mejores para caminar y trepar.

Peppa corre más que nadie en el mundo, creo. Tiene unas piernas larguísimas, y parece el viento cuando sopla. Era más rápida que cualquier chico del colegio, más aún que los que eran mayores que ella. De hecho, lo hace todo rápido. O se está quieta como una piedra, o va muy deprisa. Come deprisa y camina deprisa.

Y Peppa come de todo, y SIEMPRE tiene hambre. Cuando éramos pequeñas, teníamos hambre muchas veces, porque mamá estaba por ahí, borracha, o no teníamos dinero,

y Peppa entraba en otros pisos del complejo de viviendas y pedía comida. Aprendió a comer cualquier cosa, no como la mayoría de los niños, que no soportan la ensalada y solo quieren patatas fritas.

Pero Peppa muchas veces mendigaba patatas fritas en las tiendas de *fish and chips* y pedía comida a los otros niños en el colegio. Y a los profesores. Y al final le dije que parara, y tuve que empezar a conseguirle comida, porque si la gente lo contaba, los servicios sociales vendrían y se nos llevarían. Los servicios sociales siempre se estaban llevando a niños, y siempre separaban a hermanos. Por eso yo no le decía nada a nadie, y mamá nos advertía de que se nos llevarían y nos separarían. Y por eso yo pillaba comida para Peppa muchas veces, y le traía bolsas de ensalada y zanahorias, y una vez una remolacha metida en una bolsa de plástico, que estaba cocida, y a ella le encantó. Y ella dejó de mendigar comida y nadie le dijo nada a los servicios sociales sobre nosotras.

Y cuando Robert empezó a irme detrás, me dijo que si contaba algo, aunque fuera a mamá, se nos llevarían y nos separarían. Dijo que a Peppa la acogerían y la adoptarían unos africanos, porque ella es medio africana, y que a mí me adoptarían unos viejos, y que ya no estaríamos juntas. Pero eso no pasará nunca.

Por eso, para sobrevivir, es bueno comer de todo, como Peppa, pero no tener hambre siempre, como le pasa a ella.

«Me muero de hambre, Sal», dijo Peppa, y yo le di un poco de pastel Dundee y cuatro galletas belVita y le dije: «Vamos a cazar conejos con unas trampas», y ella me dijo: «¿Para comérmolos?», y yo le dije: «Sí», y ella dijo: «Bien».

Le echó un vistazo a Connor, debajo de las piedras, y lo cogió y se lo puso en la mano, y le habló. Le dijo cómo se llamaba, y cómo me llamaba yo, y de dónde veníamos, y por qué estábamos en el bosque. Después volvió a dejarlo en su casita y se puso su chaqueta Helly Hansen.

Los conejos no hibernan. Los hay a montones en el bosque de Galloway y casi todos viven en madrigueras a los pies de las colinas y las laderas, donde la tierra está cubierta de hierba y de maleza. Hierba es lo que más comen, y no zanahorias o lechuga, como Peter Rabbit, el de la tele. Era otoño y en casi todas las páginas web decían que estarían activos, y que había que buscar caminos en la hierba para plantar las trampas. Yo no he plantado nunca una trampa, ni he vaciado nunca un conejo, ni lo he despellejado, pero he visto cómo se hace un montón de veces, en YouTube.

Saqué las trampas de debajo de las hojas y el barro y me las metí en el bolsillo del abrigo. Llevaba el cuchillo en el cinturón, guardado en una funda.

Bajamos desde nuestro refugio por el arroyo, y lo cruzamos por unas piedras, y después subimos por una ladera en la que el bosque era menos espeso, y había hierba y helechos. Peppa echó a correr. Los helechos se estaban secando, pero todavía se veían altos, muy tiesos, y ella se perdió entre ellos, y yo le veía el pelo rojo asomando entre los huecos. Me concentraba en el suelo, en busca de rastros de conejo. Había surcos dejados por animales, y vi huellas de ciervos en el barro y otras huellas que tendría que buscar más tarde en el *Manual de Supervivencia*. Subimos hasta que llegamos a la parte plana. Más allá había otra pendiente larga que bajaba hasta el lago que había al fondo de todo. Peppa bajó

por la ladera, y yo no quería que asustara a ningún animal, pero corría tanto que no había manera de pararla. Yo ya la había visto alejarse así otras veces, saltando sobre troncos y tocones de helecho, corriendo tan deprisa, tan suavemente, que parecía que fuera sobre ruedas. Y entonces se paró en seco a media bajada y gritó: «¡Sal!».

Me fui hacia ella y llegué a una zona en la que había muchos menos árboles, casi todos abedules viejos y robles, algunos con unas ramas más anchas que yo, que colgaban hasta rozar el suelo. Ella estaba junto a una roca gris, grande, que sobresalía de la hierba. Y señalaba algo que había delante.

–Mira –me dijo.

Eran madrigueras de conejo, tres, rodeadas de cagarrutas. Al fijarme mejor, vi más. Algunas de ellas estaban más arriba, junto a un roble, y los agujeros estaban cubiertos de flecos de hierba. En total eran nueve, algunas abandonadas, sin excrementos delante. Otras tenían pilas de barro fresco fuera, porque no hacía mucho que las habían excavado. Se veían caminos que se alejaban a partir de esas madrigueras, surcos de un color algo más claro que se dibujaban en la hierba. Casi todos bajaban por la ladera en dirección al lago. Cuanto más se bajaba, más verde y tupida era la hierba, y menos árboles y helechos había.

–Es una madriguera –dije.

–Pues saca las trampas –dijo Peppa.

–Las trampas no se pueden instalar delante de las madrigueras, porque entonces los conejos pasan por el lado. Bear Grylls, el de los programas de supervivencia, dice que hay que alejarse de la madriguera siguiendo un camino, y montar las trampas más lejos.

–Yo vi ese programa, Sal, y no cazó ni uno. Tuvo que comprar un conejo para cocinarlo. Qué gilipollas –dijo.

Tenía razón, pero aun así el tío sabe de lo que habla, porque ha estado en las Fuerzas Especiales del Ejército del Aire, y ha sobrevivido en todas partes, y se tira en ciénagas y en pantanos helados aunque no le haga falta. Pero es un gilipollas, aunque eso es seguramente porque es un pijo y es inglés. La mayoría de la gente que sale en la tele en programas de supervivencia es pija y es inglesa, como Ray Mears y Ed Stafford, y casi todos los pijos ingleses son gilipollas. Pero yo había conseguido un cuchillo de Bear Grylls en Amazon y era genial, el mismo que usaba él, de espiga completa.

–No llames gilipollas a Bear –le dije.

Y ella repitió «gilipollas», y se alejó corriendo pendiente abajo.

Escogí uno de aquellos rastros de conejo y lo seguí entre más helechos marrones. De vez en cuando me volvía para mirar la roca, y a unos cincuenta metros, aproximadamente, llegué a un terreno en el que solo había hierba, una hierba densa, aterciopelada, de briznas separadas y un verde más claro. El camino pasaba por el centro. Entonces oí que Peppa gritaba: «¡Un conejo!», y volvía a subir corriendo persiguiendo a uno de aquellos animales. El conejo pasó entre los helechos, y llegó al claro en el que estaba yo, con Peppa casi pisándole los talones, pero al verme giró en redondo. Peppa ponía esa cara que pone siempre cuando corre, como si se mordiera el labio inferior y sacara la lengua por debajo. Cuando el conejo derrapó un poco, ella intentó cambiar de dirección tan deprisa que perdió el equilibrio y cayó sobre los helechos, que crujieron y silbaron.

–Cabrón –dijo.

–Corre hasta ese árbol y coge unas ramitas –le dije yo.

Y ella se fue hacia el roble. Hacen falta ramitas para mantener abierta la trampa en el camino, y tienes que montarla a un palmo del suelo para que esté alineada con la cabeza del conejo. Saqué la primera trampa y le froté un poco de barro para disimular el olor humano, pero en realidad los conejos no tienen un sentido del olfato muy desarrollado, a diferencia de las ratas o los topos. Oyen muy bien, eso sí, y se comunican pateando el suelo para avisarse unos a otros. También tienen buena vista, y por eso cubrí con hierba el metal brillante, para camuflarlo mejor.

Peppa volvió corriendo con las ramitas, y yo las hundí en el suelo y monté la trampa, abierta, a lo ancho del camino; luego clavé el palito de madera con el mango del cuchillo.

–¿Y así lo cazaremos? –preguntó Peppa.

–Sí –le dije yo–. Tendremos que dejarlo toda la noche, pero lo atraparemos.

Y me lo creía, porque si crees que algo pasará, pasa, y por eso tienes que ir con cuidado con lo que crees que va a pasar. Yo creí durante casi un año que iba a pararle los pies a Robert y a poner a mamá a salvo, y lo hice.

Montamos otras tres trampas, una en el camino que habíamos seguido, más abajo, y otras dos en otro que iba en paralelo hasta el lago de abajo. Después nos alejamos bastante de la zona en la que creía que estaban los conejos, para no asustarlos en nuestro descenso hasta el agua.

–Bajemos hasta el lago –dijo Peppa, y empezó a correr entre los helechos y los árboles, hacia la orilla.

Yo intenté calcular en metros a qué distancia estaba de la orilla, y llegué a la conclusión de que a unos setenta metros, y sabía que un paso mío tenía noventa centímetros, porque lo había calculado. Así que vi que si daba setenta y siete pasos en línea recta, hacia abajo, eso hacía más o menos setenta metros. (Divides 7.000 centímetros entre 90 y te da, aproximadamente, 77,7.) Esa era una de las cosas que había aprendido a hacer, calcular distancias. Se me dan bien las matemáticas: me sé las tablas de multiplicar y sé dividir mentalmente. Por eso, si me hace falta, sé calcular lo lejos que está algo, o cuánto tiempo tardará en llegar hasta donde estoy yo, y eso es importante para la supervivencia. Di setenta y siete pasos en línea recta, hacia abajo, y llegué a la orilla del lago y a la playa pequeña de piedras planas. El agua estaba a unos cincuenta centímetros de donde me había detenido, así que no lo había calculado tan mal.

El lago era largo y describía una curva, y por eso desde aquella playa no se veía el final, pero sí se veía desde la ladera de la montaña. Los árboles bajaban hasta el agua en torno a todo el lago, menos en el tramo en el que estábamos nosotras. Estaba esa playa pequeña, y por el ángulo de la pendiente que quedaba detrás de mí calculé que, a tres metros de la orilla, la profundidad debía de ser de un metro y medio, pero en realidad no podía estar segura, porque podía haber hondonadas en la roca, bajo el agua, que harían aumentar la profundidad. Todo estaba en calma, plano. La brisa del norte había amainado desde la mañana y el agua era como una plancha de cristal, o de acero muy pulido. Era de un color entre marrón y amarillento, pero transparente cuanto más hacia el interior, porque no había llovido casi

nada en la zona desde hacía casi tres semanas. Lo había comprobado todos los días antes de que llegáramos.

Peppa estaba haciendo equilibrios a unos tres metros de mí, sobre una roca a la que había saltado desde unas piedras que sobresalían de la playa.

–No te mojes las zapatillas, Peppa –le dije.

–Vale. Eh, Sal, veo peces aquí... pequeños, de rayas.

En realidad no pasaba nada si se las mojaba, porque eran de Gore-Tex, que es a la vez transpirable e impermeable, pero si les entraba agua por encima del empeine entonces sí habría que secarlas en la hoguera, o sería peligroso llevarlas mucho rato, porque podía pillar pie de atleta y otras infecciones por hongos. Debíamos tener cuidado con las infecciones, le había dicho yo.

Incluso con los cortes más diminutos y con las rozaduras, porque solo tenía cuatro pastillas de amoxicilina que había encontrado en el armario del baño. En mi primer botiquín de primeros auxilios tenía tiritas, yodo, algodón, dos vendas, imperdibles, tijeras. Antiséptico Savlon y algunos antidepressivos que se llamaban Citalopram 30. Me pareció que podían ser útiles si Peppa se deprimía, como mamá. A mamá nunca parecían hacerle nada, pero tal vez fuera porque se pasaba tanto tiempo borracha que seguramente no le hacían efecto. Como cuando dicen que no se pueden mezclar antibióticos con alcohol porque el alcohol impide que los antibióticos maten las bacterias que causan las infecciones. Pero nosotras no teníamos alcohol, y no íbamos a conseguirlo, ni siquiera con fines médicos.

También llevaba algo de paracetamol e ibuprofeno, y codeína, que es el mejor analgésico disponible sin receta, por

si nos hacíamos daño o nos torcíamos un tobillo o a mí me venía la regla y me dolía. En sexto habíamos estudiado el periodo, y yo ya tengo trece años, que según nos dijeron es la edad en que a casi todas nos viene. A mí todavía no me había venido, pero anticipar posibles problemas es una parte importante de la supervivencia. También podíamos usar musgo esfagno, que crecía por todas partes, como antiséptico sobre las heridas, como hacían durante la Primera Guerra Mundial.

Aquellos peces tan pequeños eran percas. El lago tiene un nombre en gaélico, algo así como Dubna Da, y en él viven lucios, percas, truchas comunes y anguilas. Íbamos a pescar todos esos peces con la caña y el sedal que le había robado a Robert. Lo más seguro era que él también la hubiera robado.

Era una caña telescópica de tres metros con portacarretes, y el carrete era un Shimano de bobina fija que llevaba sedal de diez libras. También tenía otros materiales de pesca. Anzuelos del 10 y del 12, plomos partidos BB, y algunos señuelos y cucharillas que llevaba en un paquete de plástico que había robado en la tienda de pesca. Además, tenía dos señuelos de lucio y tres brazoladas, que hacen falta para impedir que los lucios muerdan el sedal hasta romperlo.

A veces, en verano, Robert bajaba al muelle a pescar caballas, y una vez trajo tres a casa y mamá soltó un chillido, y él no sabía vaciarlas ni cocinarlas, y se quedó ahí de pie moviéndolas de un lado a otro, mientras mamá gritaba y decía: «¡Vete a la mierda y llévatelas, Robert!».

Por eso yo vi un vídeo de YouTube y les quité las vísceras yo, y las asé a la sal, y Peppa y yo nos las comimos mientras mamá y Robert comían en la Cooperativa de Pescadores. Y estaban buenísimas, dulces.

El sol ya había salido del todo, y nos calentaba, y Peppa saltó sobre las piedras hasta la playa y se bajó la cremallera de su chaqueta Helly Hansen, y se la quitó y la dejó sobre una roca, y entonces dio un salto hasta la hierba y empezó a arrancarla, y a levantar piedrecitas del suelo.

Ya es casi tan alta como yo, y eso que solo tiene diez años, y tiene la piel del color de la miel oscura, y al sol parece oro. El pelo rizado, a lo afro, y es casi pelirroja, y con pecas. Creo que será muy muy guapa cuando se haga mujer. Tiene los dientes blanquísimos, y le encanta lavárselos y morder cosas con ellos. Una vez, Robert estaba pegando a mamá y ella le mordió la mano, y él le dio un guantazo y la persiguió por toda la habitación y dijo que era una pequeña hija de puta, y yo salté sobre ella para que no volviera a pegarle, y él me dio dos patadas en la espalda, y se me puso morada, y después amarilla, y volví a quedarme sin ir al colegio.

Me saltaba el colegio muchas veces, y me preocupaba que enviaran al encargado a buscarme para obligarme a ir, pero nunca pasaba. Nuestro piso estaba en la segunda planta de Linlithgow House. Hay tres bloques, y los tres tienen nombres de palacios reales, y están en lo alto de una colina, sobre la ciudad, y desde el balcón se ve el embarcadero y el mar. Los otros bloques que comparten el mismo patio se llaman Falkland y Scone. El interfono de nuestro edificio estaba roto, y para entrar solo había que empujar la puerta de abajo con el hombro. El vestíbulo estaba pintado de azul claro y olía a meados, y los yonquis a veces dormían debajo del primer tramo de la escalera de cemento.

Peppa dejó de llorar más o menos a la misma edad que yo, cuando tenía unos ocho años, y desde entonces ninguna

de las dos ha llorado más. Si está enfadada baja la mirada y se muerde el labio inferior, como hace cuando corre, y si está triste yo le hago una cuna con los brazos y me pongo a mecerla.

Peppa gritó: «¡Sal... gusano!», y levantó una lombriz de arena que había encontrado. Las lombrices de arena son cebos muy buenos para las percas y las truchas, y no son frecuentes en suelos ácidos, como los de la zona en la que estamos sobreviviendo. Peppa retrocedió a saltos sobre las rocas, hasta una piedra muy grande que estaba metida en el lago, y aguantó la lombriz sobre el agua. Me hablaba a gritos desde allí.

—¡A ver si lo muerde...! —Y balanceaba el gusano entre la punta de los dedos, sobre el agua.

Yo estaba a punto de decirle que, sin anzuelo, no servía para nada, pero en ese momento se oyó un chapoteo en el agua, y se formó un remolino debajo del gusano, y Peppa gritó: «¡Cabrón!», y me miró con los ojos y la boca muy abiertos.

—¡Me lo ha quitado! Y era muy grande, Sal. ¡Busca otro!

Por primera vez desde que habíamos llegado echaba de menos mi teléfono. Me habría encantado grabarla allí al sol, en cuclillas, encima de aquella roca, sobre el agua tan lisa como un cristal. Estaba sonriente y parecía contenta. Pensé que la recordaría allí, en mi mente, por si no volvía a ocurrir. Le daba el sol en la cara, y me dijo:

—Se está bien aquí, ¿no?

Y yo le dije: «Sí», y me agaché sobre la hierba y empecé a arrancar hierbas para ver si encontraba otro gusano. Tardé muchísimo rato, y el que encontré era plano y rojizo,

y no sé de qué especie era. Me fui saltando por las piedras pequeñas y llegué a su roca. Ahora ella ya era una experta, y cogió el gusano y, con voz cantarina empezó a explicarme: «... se deja así, colgando, para que los pececitos le vean la cola desde el agua...».

–¿Tenía puntitos o rayas? –le pregunté.

–Puntitos –dijo ella–. Dorados y rojos, grandes. ¿Qué era?

–Una trucha –le dije.

–¿Se comen?

–Sí. También se pueden pescar con cucharilla.

–Deberíamos haber traído la caña. ¿Por qué come cucharillas?

–No se las come. Cree que son su presa.

–Pero son de metal.

–Sí, pero brillan y parecen peces pequeños cuando las mueves.

Ella volvió la cabeza.

–Tú lo sabes todo –me dijo.

–Sí –le dije yo.

Pero la trucha grande no volvió más, así que soltamos el gusano junto a la roca y vimos que una perca pequeña aparecía de pronto y se lo llevaba. Ese era un buen sitio para pescar, y volveríamos al día siguiente con la caña.

Iniciamos el regreso subiendo por la pendiente. El sol ya estaba alto sobre nosotras. Peppa no dejó de andar hasta que llegamos a aquel claro entre los helechos en que la hierba era más verde y espesa, donde habíamos montado la trampa. Aparecieron dos conejos delante de nosotras y se alejaron corriendo hacia la madriguera, y Peppa los siguió corriendo. Yo la veía saltando entre los helechos, con los

conejos, dos manchas marrones frente a ella, con sus culos blancos que brillaban.

Entonces Peppa se detuvo en seco y me gritó que había un conejo en la trampa que habíamos montado.

–¡Sal! –dijo–. ¡Sal, ven a ver!

Y yo me acerqué más deprisa hasta el claro.

Era grande, alargado, y había quedado perfectamente sujeto por el cuello, y pateaba y se movía contra la cuerda y el palito.

–Lo he cazado yo, he visto cómo caía en la trampa. ¡Hay sangre!

Un círculo de sangre oscura le salía del cuello, en el punto en que el alambre quedaba apretado como una pelota. La sangre empezaba a salpicar, y unas gotas grandes me cayeron encima, porque el conejo no dejaba de patear, y yo me arrodillé a su lado. Yo nunca había matado nada, solo a Robert, pero no me preocupaba, y aquella iba a ser nuestra primera muerte de supervivencia, y lo había visto hacer un montón de veces en la tele y en YouTube. Agarré al conejo por el cuello y lo levanté, dejando el palo. El animal soltó un grito agudo, como si fuera el soplo del aire. Le apreté el cuello y el nudo de alambre, y noté la sangre caliente en los dedos. Después, con la otra mano, le sujeté las patas de atrás, que se agitaban, y tiré con todas mis fuerzas y noté un crujido entre los dedos, alrededor del cuello, y el conejo soltó una especie de silbido y se quedó tieso, y luego inerte.

–Joder –dijo Peppa.

Y yo le dije:

–No digas palabrotas.

Dejé el conejo en el suelo, y se agitó una sola vez al tocar la tierra, pero luego se quedó quieto. Era un macho grande. Mucha carne para ser la primera pieza que nos cobrábamos. Me sentía muy bien.

Peppa le acarició el pelo.

–Está caliente –dijo–. ¿Es niño o niña?

–Macho o hembra –dije yo.

–Eso. ¿Macho o hembra?

–Macho. Nos lo vamos a comer para cenar.

–Lo he cazado yo, ¿verdad?

–Sí. Lo has guiado hasta la trampa como los siux hacían con los bisontes.

–¿Ah sí? Cuéntamelo.

–Más tarde te contaré cosas. Esta noche, cuando nos acostemos.

–Vale.

Seguimos subiendo por la ladera hacia el bosque más denso y el arroyo, y yo llevaba el conejo sujeto por las patas traseras, y pesaba. Entonces me acordé de que hay que quitarles la orina, y lo agarré por la cabeza y le pasé la mano por el costado y la barriga, y empezó a soltar pis, que le chorreaba por las patas.